

Ramón Tamames

Más que unas memorias





Ramón Tamames

Más que unas memorias



© Edimadoz-94, S.L., 2013.
© de las fotografías: Archivo Fotográfico
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2014.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: OEBO710
ISBN: 978-84-9056-306-9

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Dedicatoria

Primera parte: años de aprendizaje

1. Ancestros y niñeces

Primeros recuerdos

Madrid, ciudad parada en el tiempo, y primeras letras

¿Emigrante a Argentina?: Maestro nacional

En busca de los ancestros: en la comarca de Sayago

2. Vicisitudes de una Guerra Civil

Medicina en tiempos de guerra

Después de la victoria... la cárcel y una triste historia

La consulta de Socuéllamos y el maquinista

El «planeta de los toros»: Ava y la noche de Villa Rosa

Lucía Bosé, el ciclista y últimos tiempos paternos

3. Ensoñaciones y adolescencia

En la arcadia extremeña... escuela y el «Cara al sol»

De re rustica: «Cantalgallo»

Regreso a Madrid. En el Liceo Francés

Alumnos y profesores

El presente como historia

Martínez y el Imperio

Ciencias, literatura y arte

4. descubiertas juveniles

Sierra de Guadarrama

El mar, entre Salou y Bayona... y el «mar» de Madrid

Triple aprendizaje de idiomas

Nueve motes de infancia y juventud

5. En las carreras: derecho y económicas

Vocación errada, vocación hallada: maestros

La piedra filosofal en Zubiri y Ortega y Gasset. El regeneracionismo

En el Instituto de Estudios Políticos

Estructuralistas y teóricos: Velarde, Fuentes Quintana, Torres

6. Iconos literarios

«La Pescadería de las Letras»: Tarzán y la Bounty

El despertar: de Voltaire a Sartre, y de Buero Vallejo

Núria Espert

Sedimentación literaria: libros para pensar y salones cortesanos

Baroja, maestro de la vida: una entrevista inolvidable

Espanoles en Dinamarca

7. Europa a la vista...

Primera salida de España: noticia de viajeros

Oberstdorf y la Ciudad de la Luz

Nuevamente Alemania

La familia Decker y su «hinterland»

Entre el Rin y el Elba

Estrechos escandinavos y verde jardín de Dinamarca

El rey del autoestop y Sigfrido en el Rin

«Aufwiedersehen» Alemania, «bonjour» París

Cuatro hermanos intercambiables

8. El «viaje de estructura económica»

El periplo imaginado

Vinos... los de Valdepeñas. Y Córdoba «la llana»

Los Alcázares Reales y la huella de Aníbal González

El Cádiz de Mutis

La Málaga de Cánovas. Granada de Boabdil

[Minas de plomo, guitarras, manzanilla... y estreno](#)

[9. En verano del 53 y la «ciudad de la niebla»](#)

[En la Costa Azul](#)

[La Italia Valpadana, Venecia y los Dolomitas Orientales](#)

[Lagos, los de Suiza. Y Adiós a las armas...](#)

[La «Pérfida Albión» y «Villapaz»](#)

[La «ciudad de la niebla» y la LSE: el «kitchen porter»](#)

[Los Fürst, Jean-Pierre Voos... y Ava en el puente de Waterloo](#)

[Grandes polémicas en Windsor's View: una Albión menos pérfida](#)

[10. Rebelión en la universidad](#)

[Una declaración de principios](#)

[Aprendices de tertulianos](#)

[Cineclub y el Pozo del Tío Raimundo](#)

[El SUT y oro en Rodalquilar](#)

[Albergues de juventud y Franco en visión directa](#)

[Encuentros entre la poesía y la universidad](#)

[El Congreso de Escritores Jóvenes](#)

[Revolta estudiantil: el «trío de La Mezquita» y el Club Tiempo Nuevo](#)

[Manifiesto en la Universidad](#)

[Detenciones e interrogatorios](#)

[La tormenta universitaria](#)

[En los calabozos de la DGS: visita del torero](#)

[La séptima galería de Carabanchel](#)

[«El Ranilla» en la Universidad Libre](#)

[Actividades carcelarias](#)

[Compañeros de celda](#)

[Revelaciones de José María Ruiz-Gallardón](#)

[La División Azul y el «Cancionero» de Ridruejo](#)

[En libertad provisional y en el PCE](#)

11. En el ejército español

En la milicia: campamento de El Robledo y oficiales para el recuerdo

Ejercicios y maniobras

El desfile de la victoria

Cancionero de la mili

Churchill, Mendès France, Sagan, Roy y el torero, en La Granja

«Sacrosanto ministerio» en la «isla de la calma»

Un verano en Mallorca

Guerra química, gitanos y compañeras

El SIM y el alférez patriota

12. En el ministerio de comercio

Oposiciones como a un clavo ardiendo

Cuatro ejercicios y cuatrocientos cincuenta temas

Autarquía en acción y campanas de Montserrat

Ullastres y Franco: el Plan de Estabilización

El tipo de cambio de la peseta y horizonte Europa

El contubernio de Múnich

Renta y democracia: almuerzo con Ullastres

El «acuerdo Ullastres» de 1970 y Don Salvador de Madariaga

Arancel de aduanas y negociaciones ginebrinas

Paréntesis pecero: Juan Gómez y Santiago Carrillo

La globalización: Ernesto «Che» Guevara y Raúl Prebisch

13. En las américas

Torero universal y ministro en Panamá

Fernando Eleta, Marco Aurelio Robles: «trabajando como un negro»

Travesía por América Central

Carmen en el Istmo, y en Venezuela y Colombia

Adiós a la cumbia

Regresando a España: México y Estados Unidos
Segundo periplo americano: en la República Dominicana

Rumbo a Argentina: Caracas, Lima, Santiago Buenos Aires, metrópoli del Sur

Con Sánchez-Albornoz y Jiménez de Asúa
La muerte de «Che» Guevara

14. El país del futuro

En la estela de Stefan Zweig... con «sotaque» carioca
Brasil y sus vecinos... miscegenación y Amazonia

Con Gilberto Freyre y Dom Helder Câmara

En Montevideo y Buenos Aires: sobre integración

Retorno a Brasil: en busca de la gran «fazenda»

15. Estructuras y cátedra

Génesis y gestación de mi ópera prima

Editor y pruebas de imprenta

«Estructura económica de España»: libro de toda mi vida

Vocación por la Cátedra

Unas «oposiciones moviditas»

La Dirección General de Seguridad: catedrático
«malgré eux»

Secuencias malafitanas: ministerio «bye, bye»

Iberplan: una consultora para el futuro

Negros presagios por el libro de Pániker

16. «Intermezzo» y resurrección

El mundo que se revela en toda su grandeza

«Cuéntame cómo pasó»

El nacimiento del diario «El País»

El Jesús de Polanco que yo conocí

Un hombre resurgente de la historia oculta: Jesús Monzón

[Thomas Mann y mi propia «montaña mágica»: la caída](#)

[La voz de la muerte](#)

[Horas casi en otro mundo](#)

[La resurrección](#)

[La segunda vida de RT](#)

[Segunda parte: la edad de la razón](#)

[17. La muerte de franco](#)

[La Fiat y el «Pacto de Aravaca»: de «Claves» a «Quo Vadis»](#)

[A los calabozos... y al Tribunal de Orden Público](#)

[Gibraltar británico o español y gobierno provisional](#)

[La muerte de Franco](#)

[¿Previó Franco la democracia?](#)

[18. Claves de la transición](#)

[Tarancón: «Las sandalias del pescador»](#)

[Fraga: «¡La calle es mía!»](#)

[¿Comité Central del PCE en Madrid?: «Non possumus»](#)

[De vuelta a la cárcel de Carabanchel](#)

[Mi novela carcelaria: «Historia de Elio»](#)

[«Alf Gallard», ETA](#)

[En libertad](#)

[Soberana paliza en la Gran Vía](#)

[PCE y luz romana](#)

[Desde Estados Unidos sin amor](#)

[Pacto en vez de ruptura](#)

[Sábado santo rojo: la legalización del PCE](#)

[«No taxation without representation»](#)

[El PCE y sus banqueros. La campaña electoral de 1977](#)

[Una desazón superada: caminando con «Narciso y Goldmundo»](#)

[19. La democracia: pactos de la moncloa y constitución](#)

[La economía en declive y la entrevista PCE-Suárez](#)

[La MURF: entre Baldo y Laureano](#)

[En la senda a los Pactos de la Moncloa](#)

[Cómo se negociaron los Pactos](#)

[Antipactismo e incumplimientos. Suárez en la encrucijada](#)

[La Constitución de 1978](#)

[El sueño decembrino de un gobierno de concentración](#)

[Algunos juicios políticos sobre RT: Abril, Umbral, Berlinguer, Vicent](#)

[1980: moción de censura y cuestión de confianza](#)

[Leopoldo Calvo Sotelo, presidente](#)

[En «La Clave» de Balbín](#)

[20. En el ayuntamiento](#)

[Enrique Tierno y «La Trobada de Figueres»](#)

[Versos de Alberti](#)

[Resultados de la campaña electoral de 1977 y pacto de la izquierda](#)

[Un ayuntamiento emprendedor](#)

[Madrid y sus banqueros](#)

[La visita de Ceaucescu](#)

[Gary Cooper, Pushkin y Graham Greene en el Consistorio](#)

[«Futureando»: Felipe González en la plaza de la Villa](#)

[21. La larga noche del 23-F y saliendo del PCE](#)

[«Urvater» de la tribu y merendola en la terraza](#)

[Cansancio y ocaso del PCE](#)

[El 23-F-81. Perplejidad: Tejero en el hemiciclo](#)

[La larga noche y la Escuela de Fráncfort: almas de charol](#)

[Tesoro de la democracia y silencio del pueblo. Extramuros](#)

[Luz, truculencias y libertad recuperada](#)

[Después del 23-F: mi salida del PCE](#)

[En el Grupo Mixto](#)

22. [«Historia de un cuadro» y nombres en el recuerdo](#)

[El mensaje es el medio](#)

[Muerte de Antonio Herrero: la pintura de su tertulia](#)

[Jordi 1714 y monseñores en Zalacaín](#)

[Mandela en vivo](#)

[Las cataratas Victoria y Mala-Mala](#)

[El «sindicato del crimen», Cela y un diccionario](#)

[«Arno», amigo de Antonio Herrero](#)

[Nombres en el recuerdo: del Emperador de Japón al doctor Mahatir de Malasia](#)

[Líderes hispanoamericanos](#)

[No caer en la vejez. Una despedida de la universidad](#)

23. [La reina de saba y nuestros descendientes](#)

[Cantares, músicas y encuentro en una Real Academia](#)

[«Chez» los marqueses de Valverde. La declaración](#)

[La primera boda y «dolce vita»](#)

[La progenie Tamames Prieto-Castro](#)

[La segunda boda: en el monasterio de Silos](#)

[Lecturas en el monasterio](#)

[El convivium](#)

[Retorno a la abadía](#)

[Imágenes](#)

[Notas](#)

A MIS TRES HIJOS, ALICIA, LAURA Y MONCHO,
Y TAMBIÉN A MIS CINCO NIETOS, ANDREA, LOPE,
RODRIGO, MARIANA Y CHLOÉ; PENSANDO EN EL TIEMPO
QUE ESTÁN VIVIENDO Y QUE VAN A VIVIR: ¡BUENA FORTUNA!

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

ANCESTROS Y NIÑECES

PRIMEROS RECUERDOS

Lo más lejos que sé de mis orígenes familiares es de mi bisabuelo paterno, Manuel, que murió joven, de modo que al frente de la familia hubo de ponerse su hijo mayor —y abuelo mío—, Clemente. Este último nació en 1868, en septiembre, como él mismo recordaba con frecuencia cuando hablaba de «la Gloriosa», la revolución que lleva el nombre de ese mes y ese año. Y su lugar natal fue El Cubo del Vino, en la propiamente llamada Tierra del Vino, contigua a la Tierra del Pan, en Zamora, con ascendientes del pueblo de Tamame, en la vecina comarca del Sayago, fronteriza con Portugal. Mi padre nació en Cáceres, el 12 de enero de 1901, y como se dice en frase ya casi olvidada, «iba con el siglo».

En cuanto a los primeros recuerdos personales, se remontan a mis tres años, cuando en 1936 vivíamos en una casa muy amplia en el barrio de Chamberí de Madrid, nombre de resonancias castizas, a pesar de que en realidad proviene de la actual Saboya francesa. Pues, según se dice,

fue Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V y saboyana ella, quien, a instancias de los pobladores de un naciente suburbio en el norte de la capital, les ofreció ese nombre.

La vivienda de mis padres tenía un sótano que durante la Guerra Civil (1936-1939) hizo las veces de refugio de toda la casa para los bombardeos. Tiempo de desasosiegos y miserias, en el que, la verdad sea dicha, mis hermanos y yo fuimos muy felices. Los «aviones de Franco» que sobrevolaban Madrid bombardeaban implacables, dejando muertos, heridos y destrucción. Y en varias ocasiones arrojaron panecillos en bolsas de papel rojo parafinado muy reluciente, algunos de los cuales cayeron en el jardín de nuestra casa. En su envoltorio llevaban escrito: «Con el trigo de nuestros graneros daremos pan a la España famélica hoy dominada por el terror rojo». Y todo el mundo decía: «¡No comáis esos panecillos, que están envenenados...!»». Pero, naturalmente, acabamos comiéndonoslos y la verdad es que era un pan blanco muy bueno... aunque fuera de propaganda.

Recuerdo la entrada de las tropas nacionales en Madrid (28 de marzo de 1939), y a mi abuela, que era modista, a la máquina de coser, confeccionando a toda prisa una bandera bicolor, «nacional», con gamuza amarilla y un retal de un vestido rojo de mi madre; a fin de colocar la enseña en uno de los balcones que daban a la calle, según lo había ordenado algún bando militar escuchado por radio. Ese mismo día se llevaron a mi padre detenido, para no volver hasta dieciocho meses después. Le condenaron primero a muerte, luego a treinta años; y finalmente «lo soltaron», pues lo de «ponerle en libertad» era un eufemismo, dadas las circunstancias...

Las penurias en casa se traducían sobre todo en la monotonía del cotidiano rancho familiar, lo que desde

entonces me hizo aborrecer la sopa de ajo, las gachas de almortas y las lentejas «con bicho dentro» que, como se decía entonces, «tienen hierro y proteínas». Esas lentejas eran conocidas por los madrileños como las «píldoras del doctor Negrín», el presidente del Gobierno de la República durante todo 1938 y hasta marzo de 1939.

Desde la niñez aprendí a apreciar el giro de las cuatro estaciones del año, y de temprana edad data igualmente mi especial querencia por el verdor de la vegetación y el sonido del agua:

—De su infancia, ¿de qué siente usted verdadera nostalgia? —me preguntó un día un periodista.

—De los grandes árboles del jardín de casa de mis padres, al final de la primavera, que con sus hojas ya crecidas ampliaban la resonancia de la lluvia hasta semejar un diluvio. Después, el olor a tierra mojada lo impregnaba todo. Con mi madre, desde la ventana, veía caer las gruesas gotas atravesando la arboleda...

Guardo con amor muy especial el recuerdo de ese lugar paterno, un escenario un tanto descuidado, lo que le daba —al menos en mi recuerdo transformado— un aire romántico. Había una higuera muy hermosa, y en los juegos infantiles, gateando, subíamos a sus ramas...

En una alta pared crecía una gran hiedra que reptaba más y más por el ladrillo desnudo, formando un jardín vertical, como ahora se dice, que se vio tristemente quebrado cuando unos obreros de Telefónica, en el tendido de nuevas líneas, para facilitar su trabajo, cortaron el viejo y renovante tejido vegetal de muchos años. Y entre las raíces de la enredadera, uno de los operarios, poco «zoologista» él, al descubrir una tortuga, un ser entrañable

para nosotros, se llevó la gran sorpresa, ante una especie que debía de serle absolutamente extraña, lo que le llevó a exclamar: «¡*Andá*, qué cucaracha tan grande!».

Entre los árboles del jardín, el rey era un *Ailanthus altissima*, cuyo nombre linneano sólo conocí muchos años después, por un arquitecto italiano, Campos Benutti, en un paseo por los alrededores de Bolonia, dónde él, como técnico municipal de parques y entornos, había dejado prosperar una docena de esos hermosos árboles; que tienen una apariencia evocadora de las frondas del pintor Henri Rousseau:

Ése es el nombre —me dijo— del árbol que procede del Sudeste asiático, donde sus hojas servían de alimento para una variedad de gusanos de seda de calidad inferior. En el siglo XVIII, por algún marinero que trajo unas pocas semillas, el árbol entró en Europa... y hoy crece en los solares de las ciudades mediterráneas, sobre todo, en sus arrabales. Es muy umbroso, y dioico. Las hembras lucen flores rojas muy brillantes.

Sobresaliendo en una parte del jardín, prosperaba un inmenso plátano, el *Platanus hispanicus*, la especie más frecuente en Madrid, y cuyo nombre la mayoría de nuestros conciudadanos no acaban de aprenderse. Un árbol para mí admirable, tal vez premonitoriamente, pues con el tiempo lo vislumbré resplandeciente en el *Largo* de la ópera *Jerjes*, de Georg Friedrich Händel, con el sublime canto que integran las siguientes palabras: «*Ombra mai fu di vegetabile, cara ed amabile, soave più...*» [Jamás sombra de la naturaleza fue más amable y más tiernamente querida...].

En una pequeña caseta adosada a uno de los muros del jardín, los cinco hermanos Tamames Gómez teníamos nuestro «laboratorio», donde fabricábamos pólvora, fundíamos metales y tramábamos fechorías varias. Encapsulábamos la pólvora allí producida, en cartuchos de

papel, que al arder en su extremo parecían soplillos de soldados. Y también fabricábamos petardos, que estallaban ensordecedores, con gran escándalo en el vecindario. Hasta que un día, para evitar una eventual tragedia, la muchacha que trabajaba en casa desde tiempos inmemoriales para nosotros —Genoveva, del pueblo de Sotos del Burgo, provincia de Soria, a orillas del río Ucero—, y a quien siempre llamábamos Geno, decidió, por su cuenta y riesgo, acabar con el laboratorio... con gran indignación nuestra, y aplauso de la autoridad paterna.

En ese mismo jardín, durante la guerra, incurrimos en algunas acciones de alto riesgo. Una de ellas, un ataque aéreo, dejó un reguero de balas sin explotar; y las pusimos cuidadosamente sobre un montón de leña y hojarasca, para luego prenderles fuego. Afortunadamente, nos parapetamos en la caseta, pues las balas salieron disparadas en todas direcciones. Cuando nuestro padre se enteró del episodio, debidamente informado por Geno, la cosa pasó a mayores.

MADRID, CIUDAD PARADA EN EL TIEMPO, Y PRIMERAS LETRAS

El Madrid de mi infancia, ya en la posguerra, era una ciudad prácticamente parada en el tiempo, duramente castigada por la contienda más incivil sufrida en España. No se veían nuevas construcciones, por las penurias económicas y la falta de materiales de todas clases.

Todavía era muy frecuente la tracción animal, viejos carros de los que tiraban caballerías, mayormente mulas, o humildes asnos en el caso de los traperos, que se ocupaban de recoger los que hoy asépticamente conocemos como «residuos sólidos urbanos». Mientras esperaban la carga,

los peludos borricos comían pienso de los talegos que les colgaban al cuello.

De los juegos fuera de casa, lo que más me gustaba era ir en las mañanas por el paseo de la Castellana, hasta los altos del Hipódromo, al pie de lo que es hoy el Museo de Ciencias Naturales, frente a los Nuevos Ministerios; que habían empezado a construirse durante la dictadura de Primo de Rivera, para casi terminarlos la República, en lo que antes fue el espacio destinado a carreras de caballos.

Al lado del Museo de Ciencias Naturales discurría un hilo de aguas limpias, cuyo régimen de funcionamiento no entendíamos, pero a veces tenía un cierto caudal y un día decidimos embalsarlo, construyendo una presa de tierra mezclada con guijarros. Sin saberlo, seguramente, estábamos presagiando lo que sería el régimen de Franco en materia de política hidráulica, en contra de la «pertinaz sequía» que acosó al país durante la mayor parte de la década de 1940. Un tiempo durante el cual, en nuestra casa, no teníamos ni gabardinas ni paraguas, de modo que en los escasos días de lluvia, no íbamos al colegio, con gran alborozo por nuestra parte.

De una vez que nos dirigíamos mis hermanos y yo a los altos del Hipódromo, retengo una pequeña historia que no querría dejar en el tintero, porque, ¿quién no tiene algún recuerdo de su infancia que persiste indeleble a pesar del paso del tiempo? No olvidaré aquel día, en que tras cruzar el paseo de la Castellana delante de un chalet que debía de ser más o menos el que ahora ocupa la Embajada de Portugal, me crucé con un pequeño grupo: un aya vestida de negro y con cuello y puños de encaje —como entonces lucían las criadas de la «gente bien»—, que llevaba cogidas de la mano a dos niñas. Una de ellas aún muy pequeña y la otra ya prácticamente de mi edad, de unos nueve o diez

años, vestida con un traje azul precioso, de muchos volantes, pelirroja ella, y con largos tirabuzones. Una imagen que luego asocié a ciertos lienzos ingleses del siglo XVIII y sobre todo al pintor Thomas Gainsborough. Siempre me he preguntado quién sería aquella especie de aparición cuyo recuerdo desde entonces no se me ha borrado.

Entre los hermanos Tamames Gómez nunca tuvimos peleas infantiles serias, ni tampoco con nuestros amigos. Pero sí me viene a la memoria una lucha callejera de lo más brutal, de regreso de la piscina del Canal de Isabel II. Fue una noche, cuando un grupo de golfos me paró, me insultó y sin ningún preaviso la emprendió a golpes conmigo. Naturalmente, me defendí como pude, hasta que logré escapar de aquella jauría. Llegué a casa con la camisa hecha jirones y con erosiones en la cabeza y el tórax. Fue un episodio muy celebrado por mis hermanos, que supusieron que había derrotado a una partida de peligrosos bandoleros de Sierra Morena, o algo así.

De los cinco hermanos que aún convivimos, soy el tercero: José Manuel, Rafael, yo mismo, Juan y Concepción. Y para completar la «ficha» familiar, certificaré que todos nacimos en Madrid, ya lo he dicho, en el barrio de Chamberí, y más concretamente en General Arrando, calle que en 1939, al término de la guerra, fue rebautizada como General Goded: el militar faccioso contra la Segunda República fusilado en Barcelona tras llegar en avión desde Mallorca para encabezar la rebelión, sin saber que en la Ciudad Condal se había impuesto el bando republicano. Ulteriormente, en 1979, y en el marco de la «recuperación de la toponimia tradicional» llevada a cabo por el Ayuntamiento de Madrid, renació el nombre de General

Arrando, un militar de talante liberal de los tiempos de las guerras carlistas del siglo XIX.

Mi padre tenía treinta y dos años cuando yo vine al mundo, el 1 de noviembre de 1933. Era médico cirujano, con grandes conocimientos de anatomía, materia de la que fue docente durante años en la Universidad de Madrid. Mi madre, que se dedicó siempre a cuidar a los hijos, murió cuando yo tenía siete años, y su ausencia nos impactó de por vida a los cinco hermanos. De éstos, los dos mayores estudiaron Medicina, para especializarse en urología el mayor y en traumatología el segundo. Mi hermano menor cursó la carrera de Derecho, y mi hermana, Ciencias Económicas.

Aprendí a leer y a escribir con mi abuelo Clemente, maestro nacional, cuando yo todavía era muy niño, apenas con tres años. Entre otras cosas, porque el padre de mi padre se jubiló a poco de empezar la guerra, en 1936, encontrando desde entonces la mejor manera de ocupar sus ocios en enseñar las primeras letras a una decena de nietos. Empleaba para ello un sistema muy ingenioso de letras separadas para componer filas y columnas, como en un crucigrama.

Al abuelo Clemente, los cinco hermanos le llamábamos de usted. Vivió algo más de noventa y cinco años, con toda clarividencia hasta el final y en buenas condiciones físicas, y durante sus últimos años residió en casa de mi padre. De entonces me viene la imagen de cuando se preparaba para dormir, con camisón, y encasquetándose un gorro blanco alargado al que sólo le faltaba una borla.

Una «herencia» de mi abuelo fue mi segundo nombre — de lo más papista—, Clemente, que sólo utilicé como inicial cuando era niño, para distinguir mis camisas de las de otro

hermano, por el bordado que entonces se ponía en el pecho.

Al comenzar la Guerra Civil, el 18 de julio de 1936, el abuelo Clemente se hallaba en Portugal, en la playa de Figueira da Foz, entre Lisboa y Oporto, adonde había ido al frente de una colonia de vacaciones de escolares de primaria. Allí los sorprendió el comienzo del malhadado conflicto fratricida, y tras esperar unos días para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, al comprobarse que estaba en marcha algo más que un mero alzamiento militar pasajero, se hicieron las gestiones necesarias para repatriar a los maestros y alumnos de la colonia.

Fue así como el abuelo vivió su única navegación por mar, a bordo del barco noruego *Oslo*, que desde Oporto los llevó, a sus pupilos y a él, hasta Burdeos, para desde allí, en tren, llegar a Barcelona y posteriormente a Madrid. Don Clemente narraba esa aventura con gran viveza, haciéndose eco de la excitación de sus pequeños alumnos por las incidencias de un viaje tan largo para ellos...

Además de los «estudios clementinos», en casa durante la guerra y cuando apenas tenía cuatro años, fui durante unos meses a un colegio que me parecía muy espacioso y lleno de luz, en la calle de Almagro. Era la sede del Instituto Internacional de Boston, hermosa propiedad de una fundación hispanista de Estados Unidos en la que andando el tiempo yo daría algunas conferencias. Y fue mucho después cuando me enteré de que ese colegio era un parvulario del Estado, el Instituto-Escuela, inspirado por la Institución Libre de Enseñanza que fundó Francisco Giner de los Ríos en 1876 para dar una alternativa a la dogmática instrucción pública de su tiempo.

Acabada la Guerra Civil, proseguí los estudios primarios en un colegio privado, el Gimnasium Español, sito en la

calle Martínez Campos, al cual mis hermanos y yo íbamos andando desde General Goded; cosa que hoy la mayoría de los niños del centro de las ciudades ya no pueden hacer, condenados a los horrendos autobuses escolares.

Lo que más recuerdo del Gimnasium fue el despertar de mi afición al dibujo y la buena calidad de la educación física que allí recibimos del profesor Antonio Robles, hombre fornido que todos los días llegaba animosamente al colegio «a lomos» de su bicicleta.

¿EMIGRANTE A ARGENTINA?: MAESTRO NACIONAL

En sus tiempos juveniles, la familia de mi abuelo vivía de manera muy parca, la propia de un labrador con seis hijos; una situación que se vio agravada con la muerte prematura del cabeza de familia, tras lo cual la viuda vendió las exiguas tierras de la propiedad familiar para trasladarse con toda su prole a Salamanca. Y en la ciudad, y para ayudar a su madre y a sus cinco hermanos menores, Clemente, que andando los años sería mi abuelo, entró al servicio de unos señores latifundistas de la «tierra charra».

Ella era la condesa de Crespo-Rascón y dispensó gran afecto a Clemente, cuando sólo tenía dieciséis años. En él vio una gran inteligencia natural y afición a la lectura, lo que ayudó a mi futuro abuelo a alcanzar un nivel muy superior al que habría logrado en su originario ambiente rural.

En esas circunstancias, con el paso del tiempo, Clemente tomó conciencia de lo precario de sus expectativas en caso de seguir indefinidamente de mozo de la condesa. Y cuando ya estaba para cumplir veintiún años le planteó la cuestión a su señora:

Condesa: he hablado con Lucía que, como ya sabe, es mi novia. Queremos casarnos, y hemos decidido emigrar a Argentina. Allí tengo a mi hermano Santiago, que es un tanto aventurero, pues tras salir vivo de la Guerra de Cuba, emigró a aquel país. Y ahora, acaba de abrir un pequeño hotel en una ciudad-balneario que se llama Mar del Plata. Respetuosamente, Señora, debo decirle que en Salamanca tengo poco futuro... Le he escrito a mi hermano para que me busque algún trabajo por allí, que un día nos permita prosperar a Lucía y a mí, y a los que vengan...

De ese hermano de mi abuelo y de sus hazañas ultramarinas guardo un grato recuerdo, por lo que me sucedió en un viaje que hice a Argentina. Concretamente fue en 1983, con ocasión de una visita a Buenos Aires y Córdoba para alentar a una serie de colegas platenses a asistir al III Congreso Mundial de Economía que había de celebrarse en Madrid, y de cuya organización yo formaba parte. Entre los colegas a visitar estaba Domingo Cavallo, por entonces presidente de la Fundación Mediterránea, en Córdoba, la segunda y más industrial ciudad de la república. Cavallo luego sería ministro de Economía con los presidentes Carlos Menem y Fernando de la Rúa.

El caso es que en el paréntesis de un fin de semana de mis trabajos, volé desde Buenos Aires hasta Mar del Plata, y al llegar al aeropuerto de la ciudad-balneario, le pedí a un taxista:

—Por favor, lléveme al Hotel Tamames...

—Esteee..., recién le cambiaron el nombre, señor, pero descuide, que ya sé dónde se ubica, y para allá vamos sin demora... Es usted español, claro...

Al llegar al hotel aprecié su arquitectura, *belle époque*, y sus dimensiones armoniosas que producían la más grata sensación. Entré, y el recepcionista, un hombre ya de cierta edad y de rostro amable, después de darme los buenos días, me preguntó:

—¿Cuál es su gracia, señor?

—Mi nombre es Ramón Tamames, y soy sobrino nieto de don Santiago Tamames Martín... fundador de este hotel, del que, ya me han dicho, han cambiado ustedes el nombre hace bien poco...

—Cierto, señor, así es, cabalmente, una semana atrás fue rebautizado... y si me lo permite, mucho gusto en conocer a un familiar de don Santiago, con quien tuve el honor de trabajar al entrar aquí de muy joven... todo un caballero...

—¡Cuánto celebro su buen recuerdo! Yo no llegué a conocerle, pero mi abuelo Clemente, su hermano, no paraba de hablar de él, de sus aventuras en la Guerra de Cuba, y de cómo después se le ocurrió venirse para Argentina...

—¡Qué grande hombre era, señor, y cuánto sentimos que muriera hace ya unos pocos años! El actual dueño también trabajó con él y, no crea... le ha costado cambiar el nombre por otro más comercial... Es la vida, ¿qué quiere que le diga?

Estuve un par de días en el hotel, muy bien atendido, y tuve ocasión de pasear largamente con varios amigos argentinos por la ciudad, que por las fechas de mi visita, temporada baja, se hallaba semidesierta, respirándose una calma beatífica. Comí marisco más que pasable en un restaurante de los baños de mar, instalados sobre pilotes de madera dentro de las aguas costaneras, conectados a tierra por largos pantalanos con pasamanos. La brisa era tonificante, y al final de mi particular vacación, al despedirme de mi ya amigo el recepcionista del hotel y pedirle la cuenta, me dijo:

Es usted invitado de la casa, don Ramón... Recibir a un sobrino nieto del fundador, y sobre todo cuando acabamos de cambiar el nombre del hotel, ha sido para nosotros todo un honor. ¿Querrá firmar en el libro de huéspedes ilustres?

Volviendo a las andanzas vitales de mi abuelo, que dejé en el momento en que daba parte a la condesa de Crespo-Rascón de sus intenciones de emigrar a Argentina, la ilustre dama, acusando en su voz un tono de sorpresa, le preguntó:

—¿Cuándo quieres irte, Clemente... hijo mío?... Pero ¡qué pena...!

—Tan pronto como reciba respuesta de mi hermano Santiago, señora condesa. Ya tengo ahorrado el dinero para los pasajes del vapor, el de Lucía y el mío... Antes nos casaremos, claro...

—¿Y por qué no te haces con otro trabajo, Clemente? También aquí, en España, podrías labrarte una vida mejor... Siempre hay oportunidades, si se buscan...

—No tengo suficiente cultura para nada importante, señora... la escuela la dejé con pocos años, y ahora, ya ve: ni oficio ni beneficio.

—¿Qué necesitarías para quedarte?

—No sé. Así tan de pronto como me lo pregunta, creo que debería estudiar una carrera, hacerme un hombre de provecho como dicen —contestó mi abuelo ingenuamente según él mismo narró años después en un precioso cuaderno manuscrito que conservo.

La condesa, pensativa, no le propuso nada de inmediato. Su inclinación por Clemente era notoria, y por ello mismo, para evitar cualquier situación enojosa con sus hijos, quienes veían en el mozo cuasimayordomo demasiada inteligencia para su función, les consultó antes de resolver nada.

A la mañana siguiente, la condesa y su primogénito recibieron a Clemente en el salón de la casa, casi como si se tratara de un tribunal sin apelación posible:

—Clemente: mis hijos y yo hemos estado pensando en lo que me dijiste ayer, y creemos que nuestra obligación es facilitarte estudios. Tú dirás: ¿cuál sería la carrera de tu preferencia?

—Abogado o maestro, señora.

Con esa alternativa de posibilidades tan distintas, Clemente puso la suerte de su vida en manos de sus *protectores*. La reacción del primogénito de la condesa fue inmediata:

—Mejor maestro, Clemente. Así no tendrás que estudiar el bachillerato y bastará con que te examines para ingresar en la Escuela Normal, y en apenas dos años estarás graduado.

El destino de Clemente quedó sentenciado, pues de haber estudiado Derecho, el antiguo semimayordomo habría dado un gran salto hacia arriba, al ejercer una profesión liberal de posibilidades casi ilimitadas entonces, en un país eminentemente rural donde los licenciados universitarios aún constituían una exigua élite.

Después, como maestro nacional, mi abuelo siguió un largo periplo peninsular de escuela en escuela: Cáceres, Garrovillas de Alconétar, Cádiz y, pasados sus cuarenta años, en 1917, llegó a «la capital del Reino». Alquiló una casa cerca de la plaza de la Cebada, en la calle del Humilladero. «¡Vaya nombrecito!», pensé yo siempre, hasta que un día me fui al Diccionario de la Real Academia y vi su significado: «Lugar devoto que suele haber a las entradas o salidas de los pueblos y junto a los caminos, con una cruz o imagen».

El piso alquilado para vivir ocho Tamames era un quinto, naturalmente, sin ascensor, pero con muy buena luz natural. Y allí Clemente inició su vida madrileña con no pocas dificultades, aunque siempre animoso. Según mi padre me relató varias veces, con un arranque un tanto dramático: los ocho miembros de la familia contrajeron la célebre *gripe española*, la epidemia que en un año se llevó por delante más muertos que toda la Primera Guerra Mundial y que hizo de 1918 el año en que por última vez disminuyó la población; cosa que no sucedió ni siquiera durante la Guerra Civil.

Yo pensaba —me dijo un día mi progenitor— que allí no íbamos a quedar ni la mitad. Pero gracias a mi hermano mayor, Fermín, que ya tenía dos años de estudios de Medicina, salimos adelante: con higiene, mejunjes varios, y aspirina...

Mi abuelo recordaba con frecuencia los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y, en el fondo, creo que lamentaba que «don Miguel», como siempre le llamaba, no hubiera conseguido realizar sus propósitos de dar paso a una monarquía renovada. A la postre, llegó el momento en que se encontró «solo ante el peligro», tras haberle abandonado la parte más influyente de la sociedad: los políticos, los intelectuales, la burguesía, la aristocracia, la magistratura, la juventud, la universidad, los colegios de abogados...

La lucha de los universitarios contra el dictador siempre tuvo lugar en las mayores ciudades, y en esas pugnas destacó el «estudiante Sbert», que se hizo muy popular y a quien mi progenitor llegó a conocer personalmente. Igual que el autor de este libro, en México, en 1968, en una visita que hizo al Centro Republicano Español: Sbert, inteligente y simpático, todavía se mostraba en actitud reivindicativa y

lleno de vida, a pesar de sus más de setenta años. Con él trabé muy buena relación, y me llevó de excursión a ver el formidable monasterio de Tepotzotlán. Fue la primera persona que me habló de Josep Tarradellas como presidente de la Generalidad de Cataluña en el exilio, un ser entrañable a quien llegué a conocer en 1978 en su retorno a España, cuando se plantó en Barcelona, en la plaza de San Jaime, y dijo aquello de «*Ciutadans de Catalunya, ja sóc aquí!*». La interesante opinión que César González Ruano tenía del célebre y no tan joven agitador merece la pena ser transcrita:

Este Sbert, jefe o presidente de la FUE, era un tipo largo y desgachado, cetrino, de cara cubista y bigote de cepillo, con algo de maestro de escuela enfermo del estómago y traductor de folletos revolucionarios...

A Sbert y a mi abuelo los recordé mucho cuando, ya en el siglo XXI, escribí mi libro *Ni Mussolini ni Franco: la dictadura de Primo de Rivera y su tiempo*.

Don Clemente, ya en su senectud, iba cotidianamente desde su casa hasta la de mi padre para almorzar con nosotros; atravesaba medio Madrid, pasando, primero de todo, por la plaza de la Cebada, realmente única, una estructura de grandes naves neogóticas de altas columnas de hierro y grandes ventanales que proporcionaban, con sus viseras entreabiertas, una luz tenue parecida a la de una catedral. Pero en una época de tanta escasez como la de los años 1945-1950, se ve que alguien intuyó la posibilidad del gran negocio, convenciendo al consistorio madrileño de que sería bueno sustituir la vieja plaza —con el argumento de que estaba en avanzado proceso de corrosión y oxidación, por el insuficiente mantenimiento